

cual solo podemos ver la superficie.—El que lograra ver á un mismo tiempo, de una sola ojeada (¡oh qué absurdo!), todo el oro que contiene esa bola, átomo por átomo (¿pero qué hablo de átomos?); reduciendo el metal á mera superficie... (lo que ni aun se puede imaginar); el que hiciera eso (cual si la materia no fuese divisible hasta lo infinito, y cual si la fraccion mas infinitesimal no guardase otra masa escondida); el que eso consiguiera (lo cual equivaldría á convertir la materia en espíritu), ese podria tambien saber todo lo que encierra el alma humana; ese se conocería á sí mismo; ese tendria conciencia de su propio entendimiento; ese seria Dios!

Hablémos, pues, solamente de lo que sepamos.

Por ejemplo: sigamos hablando del palacio real de Turin.

Pero el caso es que ya no nos queda nada que contar acerca del tal palacio.

Pues ¿y las habitaciones del rey? preguntarán algunos.

A estos les responderé que Victor Manuel II no es en su palacio sino una especie de empleado: que cuando está en Turin, vive en el piso segundo, en una modesta casa amueblada á la moderna y con menos lujo que la del último senador del reino: que de allí baja al piso principal á desempeñar su oficio de rey, como van los ministros á sus ministerios, y que en su casa y en la calle hace la vida de un simple particular.

Victor Manuel, el rey *galantuomo* (hombre de bien), recibió una severa educación militar y científica, que le inclinó á la rudeza y á la sencillez de costumbres. En vida de su padre mandaba un regimiento, no en el nombre, sino real y efectivamente. Segun una tradicion de esta familia, siempre que el rey sale á campaña tiene que llevar consigo á su hijo mayor, y así lo hizo Carlos Alberto en 1848.—Victor Manuel recibió un balazo en una pierna en la batalla de Goito, que precedió á la de Novara.—El, por su parte, ha cumplido tambien con el precepto tradicional, confiando en 1854 el mando de una brigada á su hijo Humberto, presunto heredero del trono, á pesar de que solo tenia quince años; y el joven príncipe demostró en las batallas de Palestro, de Magenta y Solferino, que corria por sus venas la sangre de Filiberto de Saboya.

La gran afición de Victor Manuel es la caza, á tal punto que se le ha visto muchas veces solo, fatigando á pié montes y selvas, lejos ya de los sitios reales, llegar á la cabaña del pastor á pedir algun frugal alimento, y continuar despues su ruda tarea, hasta que la noche le ha sorprendido, obligándole á buscar, ora una estacion de camino de hierro, ora un pueblo en que alquilar un carruaje, ora la mansa cabalgadura de un campesino para volver á la córte, inquieta ya con su tardanza.

Este género de vida ha dado lugar á raros encuentros y singulares aventuras, dignas del romance y de la novela, que os recomiendo leais en las historias que tratan de este rey, á quien se tiene por el primer cazador, el mejor soldado y el mas constante madrugador de su reino.

Detrás del palacio hay un bello jardin (*il Giardino reale*), abierto al público desde las once hasta las cuatro.

Como yo lo vi desde un balcon, renuncié á bajar á él, prefiriendo emplear aquel tiempo en visitar el *Museo de armas*, que está tocando al palacio.

Allí tuve el placer de contemplar, entre otras muchas cosas, la armadura de Emmanuel Filiberto, un hermoso escudo cincelado por *Benvenuto Cellini*, una montura de terciopelo encarnado, que perteneció á Carlos V, y una armadura de colosales dimensiones, con la cual asistió á la batalla de Pavía un escudero del rey de Francia.—El tal escudero debia de ser un gigante.

Desde la armería me vine al hotel, donde me aguardaba Iriarte, que habia empleado la mañana en retratar á Jussuf; y una vez reunidos, discutimos el programa del resto del dia, dándole voz y voto al nunca bien ponderado sectario de Mahoma.

Del debate resultó que lo mas urgente para nosotros era buscar una altura que dominara á todo Turin, á fin de contemplarlo á vista de pájaro y formar perfecta idea de su aspecto general, limites y circunstancias. No nos bastaba el plano: necesitábamos la perspectiva.—Convinimos, pues, en subir á las cuatro al convento de *Capuchinos del Monte*, que, como creo haberos dicho, está situado en lo alto de una colina, al otro lado del Po.

—Desde ahora hasta las cuatro, dije yo, podemos ver algunas iglesias, algun museo, algun...

—De ningun modo, replicó mi amigo. No involucremos las cuestiones. Lo primero de todo es ver la ciudad por fuera, comprenderla, sentirla, dominarla. Despues la desmenuzaremos.—Ahora estamos todavia en el periodo de síntesis.—Mañana entraremos en el de análisis.—Opino, pues, que vaguemos por las calles hasta la hora de subir á *Cappuccini*.

Aprobóse tan juiciosa observacion.

Entonces propuso Jusuf que fuésemos á la noche á un teatro que él conocia, en el cual se cantaba hacia muchas noches *una cosa*, que por las señas que nos dió el avisado marroquí comprendimos debia de ser la *Norma*.

Esta idea fue tambien aprobada por unanimidad y entre los mayores aplausos.—¡Ir á la ópera en Italia!... ¡En el país clásico de la música!... ¿Qué cosa mas natural, mas indígena, mas indispensable!

—¡Vereis que bien cantan! exclamó Jussuf.

—¿Quién lo duda, si estamos en la fuente? respondimos nosotros con indecible alegría.

Y como durante la sesion hubiésemos almorzado, pusímonos en la del rey, mas libres, mas sin cuidados y mas dichosos que los gorriones que tomaban el sol en los tejados.

Hacia un hermoso dia de sol; habíamos almorzado como se almuerza en el *Hotel Trombetta*; aun nos quedaban cigarros españoles; teníamos buenas y recientes noticias de nuestras familias; carecíamos de equipaje en que pensar; el dinero que llevábamos encima nos parecia inagotable, aunque estaba muy lejos de serlo; velamos á nuestra disposicion toda una hermosa capital en que nadie nos conocia; podíamos disponer de un idioma que los demás ignoraban (el espa-

ñol), y éramos capaces de entender á medio mundo, á favor de seis lenguas que hablábamos entre los tres; y por último, para un caso de necesidad, contábamos con los puños del moro, que deshace las piedras con los dedos y echa por tierra al caballo que le desobedece...—¿Quién soñó nunca tan completa felicidad?

Ufanos, pues, y alegres, como triunfadores por país conquistado, entramos en la *Via di Po*, en cuyas anchas galerías, (llenas de gente, de tiendas, de anuncios, de puestos de libros y de frutas, de estamperías, de muestras fotográficas y de cuantos objetos é industrias pueden dar idea del movimiento social de un pueblo), vagamos á la ventura, *flaneamos*, como dicen los franceses, observando, leyendo, comprando; haciendo preguntas, juicios y comparaciones; formando cálculos; entregándonos á reflexiones serias; diciendo burlas inocentes, y sobre todo, procurando sacar, deducir, estraer de tantas cosas el espíritu popular, la opinión pública, la conciencia y el deseo de la nacion.

Estos *ensayos* (como les llamaria un químico) no son ilusorios, ni ineficaces, ni de éxito inseguro.

Cierto que no pueden esponerse con cifras, ni menos comprobarse lógicamente; pero la operacion tiene lugar por medio de vagas impresiones, y el resultado se graba fuertemente allá en el alma.—Si algo enseñan los viajes es precisamente esto.—En vano es que un país trate de ocultar su índole; de disfrazar sus tendencias; de negar, por boca de sus gobiernos, sus odios, sus ambiciones, sus simpatías, sus esperanzas... Y en vano es tambien que os presentéis en ese país con antiguas opiniones, con preocupaciones, por mejor decir; con pasion de partido, con propósito firme de encontrar solamente lo que os agrada...—El país hablará á pesar suyo, y vosotros escuchareis á pesar vuestro. La sensibilidad os irá enterando poco á poco de la verdad de las cosas: esta verdad se desprenderá de todas partes, de lo animado y de lo inanimado, como un efluvio, como un perfume, y os penetrará por los poros hasta formar en vuestra conciencia una íntima conviccion.—Yo no desconozco que si esta verdad os disgusta; si se opone á vuestros intereses; si os coloca en contradiccion con cuanto habíais proclamado antes, vos podeis ocultarla, y hasta negarla en alta voz; pero la llevareis eternamente en lo íntimo del espíritu, como un remordimiento, como un miedo, como una luz inextinguible encerrada en un sepulcro.

De esta manera fatal, indeliberada, irresistible, he adquirido yo hoy ciertas opiniones y creencias (que ya irán apareciendo en mi discurso), á medida que iba considerando la forma en que estaban espuestos en la *Via di Po* los retratos de Pio IX, de Victor Manuel, de Cavour, de Napoleon y de Garibaldi; el lujo y el precio de cada uno de ellos; los atributos que los adornaban; el modo que tenia el mercader de pregonar su venta; la venta que hacia; la espresion con que los miraban los soldados, los milicianos, los clérigos y las mujeres; lo que estas gentes exclamaban ó se decian; cómo trataban los *bersaglieri* (los zuavos de Piamonte) á los guardias nacionales; cómo se miraban los clérigos y los seglares; qué libros servian de muestra en las innumerables librerías que inundan á

Turin; qué títulos llevaban esos folletos que solo viven un día, y que son la espresion cándida y sincera de lo que ocultan los diplomáticos; qué decian los periódicos callejeros, y cómo lo decian; y (en otro orden de cosas) qué precio tenian los géneros de los almacenes; qué valor la moneda; qué literatura los comerciantes; qué mañas los compradores; qué aspecto los transeuntes; qué fórmulas la cortesía; qué carácter la generalidad de las gentes; si habia mas alegres que tristes, mas ligeros que graves, mas tontos que discretos, ó mas buenos que malos; si existian costumbres; si la sociedad era antes que el individuo, ó el individuo antes que la sociedad; si la vida giraba en torno de ideales abstractos, ó de realidades terrenas, y si estas realidades eran permanentes ó transitorias; por cuánto entraba el sentimiento en el arte, y la poesia en la política; qué lugar ocupaba la mujer en la escala de las devociones; y en fin, otras muchas, innumerables fases que me presentaban en la *Via di Po* las personas y los objetos;—fases claras, distintas, reveladoras (sobre todo en un país tan libre y tan tolerante como este), que ora hablaban á la observacion, ora á la intuicion, ora á la sensibilidad, ora á la razon fria; pero que hablaban en suma... por lo que nada tiene de particular que yo me haya enterado de sus secretos.

No desconfiéis, pues, de los dictámenes que yo emita, que no serán muchos, ni los creais gratuitos é infundados.—En cuanto á mi sinceridad, sé que no dudais de ella.

Pero todo este exordio es completamente inútil ó cuando menos estemporáneo, puesto que yo no pienso tratar ahora ninguna cuestion importante.—Reservadlo, pues, para su día.

Ahora me contento con que me acompañeis en mi paseo y vayais viendo conmigo el animado cosmorama de esta amplia y recta calle.

Jussuf, con su admirable olfato de moro, avivado por un odio fundado en el desprecio, descubrirá los judíos que andan mezclados con la muchedumbre, aunque se hallen vestidos á la europea.

Nosotros comprenderemos por nuestra parte que los piamonteses prefesan una verdadera adoracion á la dinastía de Saboya, y veremos repetido el nombre de sus reyes en los azulejos de calles y plazas, en los monumentos públicos, en historias y grabados, en la denominacion de teatros y paseos, telas y muebles, modas y usos, cual si el pueblo se creyera representado en esta familia.

En un lado encontraremos que las principales oficinas del estado se hallan en edificios provisionales.

En otro repararemos que hay muchas obras importantes suspendidas.

Aquí nos sorprenderá ver un misero inquilino ó un pobre establecimiento en un vasto y hermoso local.

Allí nos convenceremos de que la ciudad ha sido construida en la prevision de altísimos destinos, y que es demasiado grande para la poblacion que contiene.

Y lo que sobre todo echaremos de ver es que Turin empieza á perder la esperanza de ser la capital del nuevo reino.

La misma actividad febril con que el gobierno se apresura á construir un gran

Parlamento provisional, á fin de que la primera asamblea italiana se reúna en Turin, y no en otra ciudad rival de ella, indica el temor que abriga esta vieja córte de verse anulada por sus propios hechos.

Porque ya comprendereis que además de la Turin política, hay una Turin municipal; y que todo lo que la Turin política ganaria con trasladar su trono á Roma (por ejemplo), lo perderia la Turin municipal irremisiblemente.

Yo recuerdo haber visto esta mañana una caricatura muy graciosa, titulada *Historia de Gianduja*, que representa perfectamente estas dos ideas.

*Gianduja* es un personaje imaginario, de invencion popular, equivalente al *Girolamo* de Milan, al *Arlequin* de Bérgamo, al *Pulcinella* de Nápoles, y del que se puede decir que es la personificacion del Piamonte.

Ahora bien, en la caricatura citada, *Gianduja* empieza por ser un sugeto muy delgado y muy gloton.—Principia á comer, y se traga sucesivamente la Saboya, la república de Génova, los condados de Asti y Niza, los ducados de Monferrato y de Aosta, el señorío de Vercelli, la isla de Cerdeña, parte del ducado de Milan, etc., etc., con todo lo cual llega á ser un mozo robusto y bien portado que causa envidia á las gentes.

Pero *Gianduja* sigue comiendo, y devora la Lombardia, los ducados de Módena, Parma y Toscana, el reino de Nápoles y los Estados Pontificios.

Entonces se pone tan gordo, que revienta, dando de sí un hermoso reino de *Italia*, mientras que él se queda mas flaco y miserable que al principio de su carrera, despreciado y desatendido de la misma creacion que ha nutrido con su sangre.

Esta caricatura es sumamente filosófica como veremos despues.

Haciendo estas y otras observaciones, bajamos toda la *Via di Po*, y llegamos á la *Piazza Vitorio Emanuele*, de trescientos sesenta metros de longitud por ciento once de anchura.

Al término de ella corre el *Po*, sobre el cual pasamos por un magnífico puente de cinco arcos, construido á principios de este siglo, cuando Turin formaba parte del imperio de Napoleon.

La decoracion que se alcanza por todos lados desde lo alto de aquel puente, es verdaderamente deliciosa.—Dejais atrás á Turin, hasta cuyo centro penetra la vista.—A un lado y otro teneis el rio, magestuoso y opulento, de entre cuyas ondas brotan dos islas, largas y estrechas como dos esquifes.—Pomposas alamedas embellecen ambas márgenes, sobre todo por la parte de la derecha, ó sea *rio arriba*.—La mirada reposa en los lindos barrios del *Rubatto* y *Borgo di Po*, en el *Asilo de mendicidad*, la *Vanchiglia* y el *Puente de hierro*,—lejanas perspectivas de uno y otro balcon,—y allá, en último término, descúbrese los jardines y los muros del *Castel del Valentino*, real casa de campo, tan ilustre por su antigüedad como reputada por su hermosura.

Al otro lado del puente se levanta una suave colina, cubierta de árboles flores, iglesias y palacios.

Allí pán el verano muchas familias aristocráticas de Turin.

Cerca de nosotros se alzaba la *Gran Madre di Dio*, á la cual se sube por una ancha escalinata.

Esta famosa iglesia fue erigida en 1814 por la ciudad y por el gobierno para celebrar el fin de la dominacion francesa y la vuelta de Victor Manuel I á su antigua córte. El *Pantheon* de Roma le sirvió de modelo. Delante del pórtico se ven dos grupos de escultura, que simbolizan la fe y el amor.

En lo alto de la colina divisábamos un gran edificio, al cual nos dirigiamos nosotros, pues aquel era el *convento de Capuchinos del Monte*, célebre por la vista de Turin que se disfruta desde su atrio.

A nuestra izquierda descubriáse entre los árboles, y tambien en la altura, la *Viña de la reina*, residencia de estío, sumamente celebrada.

El camino que debiamos seguir para llegar al convento era una pendiente cuesta, sombreada por altos álamos y trazada en violentos y redoblados zig-zag.

Una vez arriba, nuestra primera operacion fue asomarnos al balcon de piedra que rodea la plazoleta ó *compás* en cuyo centro se alza el edificio... y ahora quisiera yo poder daros una idea del estenso y grandioso panorama que se recorrió entonces á nuestros ojos.

Primeramente veiamos debajo del balcon un bosque espesísimo, dispuesto en anfiteatro, de tal modo que, empezando al alcance de nuestra mano, iba á morir al pié de la colina, á la orilla misma del Po...

Despues encontrábamos la ancha faja del sosegado rio, brillante como un espejo, perdiéndose de vista hácia Poniente y Levante, sin que una sola barca turbara su quietud, su tersura, su apacible soledad.

En seguida descubriamos el cinturón de árboles y paseos que rodea á Turin, en sustitucion de sus antiguas murallas.

Luego venia la ciudad, pacíficamente asentada en la llanura, mostrándose toda entera, descubriendo sus calles y plazas, revelando claramente su estructura, como si aun la estuviésemos viendo en un plano.

Turin, á vista de pájaro, es sumamente rojo, por estar cubierto de barnizadas tejas, así como París es ceniciento oscuro, á causa de estar cubierto de pizarra.

Este rojo subido de los tejados de Turin hace que las calles se dibujen con estricta precision, al modo de largas cintas amarillentas, y da lugar á que el caserío contraste vivisimamente con el verde de los campos y con el azul del cielo.

Ahora bien, como la capital del Piamonte carece de grandes torres y cúpulas; como todas sus casas son igualmente altas, y todas las calles se cortan en ángulos rectos, resulta que, al verla desde el convento de *Capuchinos del Monte*, se comprende la cómica metáfora de un amigo mio muy querido, que comparó á Turin con una libra de chocolate.

A la izquierda de la ciudad y por detrás de ella, serpentea otro gran rio al través de amenísimas campiñas.

Es el *Dora*, cuyas aguas entran en el Po á las puertas mismas de Turin.

Mas allá se dilata una pintoresca llanura, cubierta de olivos, sembrada de quintas y de aldeas, y cruzada en todas direcciones por acequias y canales, hasta que la vista tropieza con una cordillera de montes oscuros, que á su vez se destaca en la linea semicircular de los nevados Alpes.

La esplendidez del dia,—verdadero dia italiano;—la magestad de la hora... (el sol empezaba á declinar); las variadas tintas del otoño; el sosiego del aire; la paz de mi espíritu... todo contribuia á engrandecer y hermohear el espectáculo de la ciudad y de los campos, de los rios y de los montes, tendidos á nuestros piés, bajo la bóveda trasparente de un placidísimo cielo...

A nuestros oidos llegaba el alto rumor del Po, ó mas bien, de una gran presa que interrumpia el solemne silencio de sus aguas. A aquel rumor se mezclaban el ruido de los talleres, las voces de los hombres, los ecos de alguna campana, el crugido de los látigos, el rodar de los carruajes... la respiracion, en fin, de la gran capital, que llegaba al término de un dia mas de trabajo, de lucha con la vida, de elaboracion histórica...—Esos carruajes y esos hombres, empujados por la distancia, iban y venian por plazas y calles, como indecisos é inquietos, al modo de un atribulado ejército de hormigas...—De los cuarteles, y acaso tambien de algun campo de instruccion que nosotros no descubriamos, salian á veces agudos toques de corneta, los cuales, unidos al sordo estruendo de uno que otro tiro disparado por cazadores ocultos en los parques de las orillas del Po, traian á la mente vagas ideas de combates, sensaciones de gloria, ráfagas de muerte, inciertas profecias, que no acertaba á descifrar el alma, pero que la sumergian en dudosas é incoherentes meditaciones.

Jussuf creyó sin duda que me dormia, y me tocó en un brazo, volviéndome á una vida mas real y limitada.

—Mira, me dijo el moro, mostrándome dos viejos capuchinos, de largas barbas y descoloridos hábitos, que se paseaban detrás de nosotros, á la puerta del convento.

Aquella era otra faz de la existencia humana; y el moro constituia una tercera.—Yo pensé en la vida contemplativa y descuidada del claustro y del desierto; en Jussuf, cuando aun no vestia levita, y en los frailes, cuando eran dueños de impedir que subiera la gente á turbar su soledad en aquel monte... y suspiré por una libertad individual, por una paz y una quietud que ya son muy raras sobre la tierra... Suspiré por lugares ignorados, por asilos inviolables, por destierros de la sociedad... Suspiré, finalmente, de amor á lo infinito, cuya nocion pierde el hombre á medida que se aleja de sí, repartiéndose en los demás y espaciándose por el mundo.

Sin duda estaba fatigado.—Era la reaccion consiguiente á las prolijas y estensas consideraciones en que habia ejercitado mi espíritu, primero en las calles de Turin, analizando nimiedades, y despues, en la montaña, resumiendo la capital entera en una sola sensacion.—Dichosamente, estas convulsiones del alma duran poco.

Quando ya nos disponiamos á bajar á Turin, despues de haber visitado la

iglesia y el convento, que nada encierran de particular, reparamos en que los frailes que habiamos dejado paseándose en el compás, se hallaban rodeados de hombres, mujeres y niños, que les mostraban sucesivamente la boca abierta, despues de lo cual algunos penetraban en el convento y otros se marchaban desconsolados.

Pregunté á un muchacho la significacion de aquello, y entonces supe que de tiempo inmemorial los Capuchinos del Monte ejercen caritativamente el oficio de saca-muelas.

—¿Y las sacan bien? le pregunté.

—Admirablemente, me respondió el muchacho. A mi me acaban de sacar una.

—¿Y lo hacen de balde?

—Tan de balde, que hasta costean las pastas, los enjuagatorios y las demás medicinas.

—¡Pues no andarán muy medrados los dentistas de Turin!

—¡Tanto mejor para los pobres!

—Ya lo creo; así no están espuestos á perder otras muelas que las verdaderamente dañadas.

—¡Toma! replicó aquel rapaz.—Y si la medicina se ejerciera tambien caritativamente, habria muchos menos enfermos, y las enfermedades serian mas cortas.

—Chico, ¿sabes que no eres tonto? exclamé yo, dándome por vencido.

—Soy de Génova, señor, dijo el tunante, haciendo un raro mohin, que terminó en una reverencia.

Iriarte, Jussuf y yo emprendimos la bajada á la ciudad.

Quando llegamos al hotel, resonaba el tercer toque de campana, llamando á los huéspedes á la mesa redonda, y las puertas de todos los cuartos se abrían dando paso á damas y caballeros de diversos paises.—Como yo venia todavia preocupado con los capuchinos, parecióme ver á una comunidad que salia de sus celdas y se dirigia al refectorio.

Pocos momentos despues, el soberbio comedor de que hemos hablado contenia de ochenta á cien personas, sentadas á una misma mesa, á pesar de no haberse visto en toda su vida.

Alli habia familias inglesas, suizas, alemanas, francesas... hasta rusas. Alli habia unos jóvenes que hablaban español, pero que no eran españoles, sino *americanos*; lo cual me hacia muy mal efecto. Alli estaba la duquesa florentina que vi anoche. Y alli encontré... ¡oh rubor! tres caras conocidas,—dos de mujer y una de hombre,—las de mujer sumamente hermosas, y la de hombre un tanto burlona á costa nuestra...

Porque aquellas tres caras estaban vueltas hácia nosotros... Porque aquellas tres personas nos miraban.

¡Eran las dos inglesas y el inglés que encontramos hace pocos dias en el camino de Martigni!—La espresion de sus rostros nos decia claramente que habian